

LOS GOBIERNOS MINORITARIOS

LAS tres derrotas consecutivas que ha sufrido el gobierno laborista de Harold Wilson en la Cámara de los Comunes —más una cuarta ley que el gobierno prefirió retirar, convencido de que sería igualmente derrotada— corresponden a la situación minoritaria en que emergió de la dimisión del gobierno conservador tras las últimas elecciones tan indecisas. No es un caso aislado en Europa; más podría decirse que es, ahora, una corriente. Giscard es Presidente de Francia por una mínima diferencia, y el gobierno de Chirac tiene una Asamblea que corresponde al sistema anterior; no se atreve a disolverla por miedo a que las izquierdas llegasen a dominar, como Wilson duda antes de convocar nuevas elecciones que podrían dar un triunfo a los conservadores, Kreisky, en Austria, tiene un gobierno socialista minoritario; lo es el de Rumor en Italia, completamente en precario y tampoco representa una mayoría parlamentaria el de Bélgica. Suecia y Noruega no son excepciones.

COMO todo ello ha ocurrido con una cierta simultaneidad —en el espacio de unos meses— hay que suponer que procede de una causa general. No parece casual que después de muchos años de gobiernos fuertes, bien apoyados en el Parlamento de cada país, se entre de pronto en una etapa de gobiernos minoritarios. Una de las causas visibles es la emergencia de nuevas corrientes de opinión, o de antiguas corrientes que estaban reprimidas y vuelven a la vida política. Habrá, al menos, un par de razones. Una es la de que la coexistencia pacífica y las aperturas internacionales se han reflejado en las vidas nacionales y las ideologías de la izquierda recuperan un vigor perdido, bien por la salida del «ghetto» de los partidos comunistas (a cambio, ciertamente, de una moderación programática que en cada país corresponde más o menos, según su situación relativa, a la de la URSS en el campo de las relaciones internacionales), bien porque otros partidos que se han considerado siempre representantes de la izquierda han perdido sus inhibiciones, su pánico a ser considerados como «compañeros de viaje» o «filocomunistas», a ser sometidos a la «caza de brujas», y reanudan su tradición democrática social.

LA otra razón puede ser la de la quiebra, quizá provisional, de la sociedad de consumo y de la «filosofía de bienestar» que emanaba de los gobiernos de derecha y centro, que casi desde el final de la segunda guerra mundial dirigían los países europeos. Se representa esta

quiebra por la repentina escasez de materias primas (con la más visible y más específica de todas para el tipo de sociedad construida, la del petróleo) y la inflación creciente. Con estas dos percusiones se ha venido a demostrar que la filosofía del bienestar o la sociedad de la opulencia no ha dejado de estar nunca montada sobre una diferencia de clases sociales: esta diferencia estaba enmascarada por el consumismo desaforado y, en el momento de la crisis, de la coyuntura de escasez y de inflación tan poco prevista por los economistas, son las clases medias y bajas las que sufren de la situación. Las cuales van a nutrir el campo de las izquierdas, entendiéndolo esta vez por izquierdas más que un sistema de pensamiento político y económico de carácter permanente el grupo de los descontentos, de los que acusan a las clases dirigentes de llevarse la parte congrua y de mantener rigidamente las diferencias sociales. Por lo tanto, si las izquierdas crecen en número de votantes como consecuencia del descontento, y si los partidos de izquierda comienzan a regresar a la autenticidad original de sus programas, mientras los partidos comunistas se insertan en los esquemas democráticos y no en los revolucionarios, el desafío a los poderes conservadores es considerable. Entendiendo por conservadores no a los que llevan directamente ese nombre o se acogen a él, sino a los mismos partidos que con la denominación aparentemente contraria —como el laborista británico o el socialdemócrata de Alemania Federal— han conservado el orden anterior y han mantenido las diferencias estructurales de clases sociales, aunque hayan ayudado a su mejor disfraz.

Si se consideran los números absolutos de votos en las últimas elecciones europeas y los porcentajes generales obtenidos por los partidos, podrá verse que la izquierda está mal representada en los parlamentos y que no hay relación entre esos porcentajes generales y los porcentajes de escaños ocupados; éstos son inferiores. Es una consecuencia de los largos años de poder conservador, que ha elaborado las leyes electorales «seguras», con la intención de «cerrar el paso al comunismo» —según el lenguaje típico, aún utilizado en las últimas elecciones presidenciales francesas—, pero que en realidad han incidido en el cerco a las izquierdas no comunistas y, sobre todo, en un faldamiento de la verdad de la opinión pública y sus dosificaciones auténticas que no han correspondido a los Parlamentos elegidos. Es preciso insistir —aunque en estas páginas ya se haya dicho más de una vez—



Kreisky (izquierda), en Austria, tiene un gobierno socialista minoritario, como lo es también el de Rumor (derecha) en Italia.



Giscard, un gobierno también precario.

en los enormes destrozos que el anticomunismo de posguerra, el anticomunismo de la guerra fría dictado por los Estados Unidos y seguido por los gobiernos europeos adheridos, ha causado en las democracias europeas. No precisamente en los partidos comunistas que, como puede verse en cualquier mapa electoral de Europa, están intactos en el número de electores y mejorados en el de afiliados, y bien sostenidos por ideólogos, pensadores e intelectuales (más destrozos ha causado en ellos el propio desarrollo dividido del comunismo que el anticomunismo), sino en el sistema democrático en sí y en los partidos que, representando una izquierda no comunista y una defensa de libertades individuales y democráticas se han visto primero obligados a distorsionar sus programas y sus acciones, segundo reclusos en lazarato de la oposición, sin dar otra opción de izquierdas para sustituir la de los comunistas combatidos. En ese sentido, el anticomunismo irracional, de guerra, de posguerra/proguerra de los últimos años ha sido catastrófico (lo sería también un antifascismo que no se dedicara a suprimir las causas que producen esas manifestaciones y solamente a la represión de personas y partidos; mucho más si complicase con el fascismo a las diversas derechas liberales).

El hecho es que en este deshielo tardío y lentísimo de Europa política, en esta incidencia de las nuevas asperezas entre clases (cuando los que se creían definitivamente incluidos en una clase superior o se imaginaban que vivían en una sociedad sin clases se encuentran repentinamente arrojados hacia la inferior) y con los sistemas electorales antiguos, que no permiten una representación verdadera, la situación produce gobiernos minoritarios, aún adictos al orden antiguo y defensores de él, incluso plegados por falta de otras soluciones a la orden imperial de los Estados Unidos, como acaba de confirmarse en la Carta Atlántica firmada la semana pasada en Bruselas.

La aparición de gobiernos minoritarios espanta, naturalmente, a quienes, al cabo de tantos años de gobiernos fuertes conservadores, han considerado esa opción como definitiva, como deseable. Sin embargo, hay puntos de vista que consideran que la situación minoritaria no es mala para el país, y que incluso puede ser mejor. Un gobierno fuerte, amparado por un Parlamento que aprueba todas sus leyes —sea cual sea el calor que la oposición ponga en las discusiones, o el énfasis con que reparta sus enmiendas—, y en un sistema electoral que renueve siempre

a su favor (o al de sus correligionarios permanentes) ese Parlamento, ¿no será una dictadura? ¿No consagrará definitivamente a un solo grupo, a una sola familia política, por encima de la voluntad real de la nación? Los gobiernos inasquibles e inalterables —y podemos citar, por comodidad solamente, un par de ejemplos: el sistema soviético, o el del PRI, partido único llamado revolucionario, en México, ¿no terminan por ser incapaces de asumir los cambios de la sociedad, la dinámica de la vida? La democracia es, en principio, la busca de un sistema por el cual los gobiernos no sean demasiado fuertes, por el principio de la división por poderes, por la lucha por ampliar el número de electores y de elegidos y los poderes de los Parlamentos así escogidos sean amplios, por el ejercicio de crítica extensible al mayor número de ciudadanos, ¿no atenta un gobierno excesivamente fuerte a esta democracia? Un gobierno con riesgo de minoría parlamentaria tenderá a gobernar teniendo en cuenta las opiniones y los intereses de las clases que no están representados en él sin dejar de defender a los que están incluidos en él.

No quiere decirse que los gobiernos minoritarios, como el de Wilson, o precarios, como el de Giscard/Chirac, sean un fruto del sistema de equilibrio nacional de la democracia, sino consecuencias de un enrarecimiento de las situaciones; no son gobiernos minoritarios o de coalición dispuestos a jugar con ese equilibrio, sino gobiernos fuertes venidos a menos, obligados a pactar, en riña con sus Parlamentos y en batalla con sus oposiciones; poderes fuertes, pero sin fuerza. No quiere decirse tampoco que los que tantos años han gobernado al continente estén dispuestos a dejar de hacerlo o a compartir con nadie su privilegio; incluso podrían acudir a términos de fuerza para la perpetuación, como puede pasar en Italia, como se decía que hubiese sucedido en Francia de haber ganado la unión de las izquierdas, o como ha sucedido en países más proclives a ello, como en Grecia, cuando las opiniones públicas comenzaron a penetrar seriamente en el Parlamento. O como en Chile, donde el gobierno minoritario de Allende se encontró no ya con una oposición, sino con una auténtica subversión a partir de su primer año de gobierno. Pero sí puede pensarse que esta serie de gobiernos minoritarios es el principio de algo: el principio de una restauración democrática y la obligación ya de contar con aquellos con los que no se ha contado. ■



Wilson, al que muchos critican por la bomba subterránea que su país ha hecho estallar en Estados Unidos, duda antes de convocar nuevas elecciones.